

PROLOGO

«Una de mis amarguras—cuentan que decía Wilson en la primera sesión de la Conferencia de la Paz—será ver cómo se alza el mundo entero contra esta obra que los representantes de los pueblos inician hoy en Versalles.»

El presidente de la poderosa República norteamericana adivinaba, a través del tiempo, lo que fatalmente había de suceder al día siguiente de la publicación del Tratado de Paz. En todos los países se ha abierto cauce ancho a la crítica: cada uno de los hombres ha dado en creerse capaz de ofrecer soluciones superiores a las acordadas en Versalles; nos sentimos ofendidos, porque en la redacción del Tratado de Paz no se han colmado todas nuestras ilusiones, o se han frustrado algunos de nuestros mejores anhelos.

Cuando a la luz sangrienta de la guerra se examina con detenimiento y con serenidad ese Tra-

tado que a primera vista juzgamos deleznable, no es difícil caer en la cuenta de que los hombres que intervinieron en los debates de Versalles han logrado coronar las cimas de lo posible, dadas las actuales condiciones de la vida internacional. Y una vez terminado el examen sereno de la nueva paz, se afirma, sin temor a futuras desilusiones, que el mundo entra en una edad de positivo progreso gracias a los rumbos que desde Versalles se han señalado a los hombres.

En los días trágicos de 1914, cuando la tierra entera asistió al asalto feroz de unos pueblos que se acometían como tigres en celo, todos creímos que la pugna europea se reduciría a una lucha de naciones fronterizas, orgullosas de su fuerza y ambiciosas de venganza. Pensábamos que, una vez zanjado el pleito de Alsacia y Lorena, acordado el nuevo Estatuto de Constantinopla y de los Dardanelos, liquidada para mucho tiempo la cuestión balcánica, todo habría terminado. El Tratado de Paz que hubiese de poner remate a la lucha terrible sería sencillo de trazar: el vencedor impondría brutalmente su voluntad al vencido, se incubarían nuevos odios y nuevas guerras... he ahí todo.

Pero a medida que pasaban los días entre combates cada vez más bárbaros, todo hombre inteligente rectificaba sus primeros juicios.

En el horizonte de las batallas se fué dibujando con admirable claridad el pensamiento de Alemania. El Imperio regido por Guillermo II

perseguía un dominio militar sobre el mundo entero. Hasta en los últimos confines de la tierra se advirtió que, en el caso de una gran victoria final de Alemania, no volvería a moverse ni la hoja de un árbol contra la voluntad germánica, y todos quedaríamos sometidos a sus caprichos y a sus violencias regresivas. Estábamos en peligro de volver a los tiempos de esclavitud, aunque ahora se nos ofreciese la servidumbre con aires de ultra-modernidad, organizada según las últimas perfecciones de la mecánica.

Desde ese instante, el curso de la guerra cambió bruscamente. Los países más fuertes de la tierra acudieron a impedir violentamente el dominio alemán y a salvar la libertad de los hombres, que, una vez más, iba a ser víctima de las bayonetas pretorianas. Convencido el mundo de esta verdad, vió que la solución de la guerra, la liquidación de los sangrientos y vastos combates, sería muy complicada y difícil. Los intereses más opuestos habíanse acordado para combatir contra el imperialismo agresivo del Imperio germánico. Pero ¿qué ocurriría cuando esos mismos intereses hubieran de defender su parte en el botín guerrero? ¡Bah! ¿Cómo y para qué preocuparse del porvenir si el presente reclamaba con angustia el esfuerzo de todos?

De pronto, la guerra europea, que había partido de causas puramente materiales, se alzaba hasta el plano ideal. Es oportuno recordar aquí, a modo de ejemplo de la reacción que se operó

en todas partes, algunas de las palabras más justas que se han escrito en España durante la guerra. Se publicaron en el mes de junio de 1915, cuando todo el horizonte del mundo aparecía aún borroso y turbio. Las firmaba D. Nicolás María de Urgoiti (revista *Nuevo Mundo*):

«A quienes tenemos—decía—el firme convencimiento de que Alemania declaró la guerra cuando quiso y la convino, o sea cuando ella se encontraba en el máximo de sus fuerzas y sus adversarios en el mínimo de su organización ofensiva, no nos han sorprendido las primeras victorias, ni tampoco que los aliados no hayan realizado, en un año escaso, un esfuerzo equivalente al que ha desenvuelto el Imperio a raíz de su primera y gran desilusión de acabar la guerra en pocos meses; pero ni el escaso resultado de la ofensiva francoinglesa, ni los innegables y brillantes triunfos de los austroalemanes en Rusia, nublan nuestra visión del porvenir.

Alemania pelea por la supremacía mundial. Su triunfo implicaría la sumisión, al cetro y la mentalidad germánica, de todas las razas y naciones que pueblan la tierra. El retroceso que en el camino del perfeccionamiento humano, que sólo se desenvuelve en un régimen de libertad y de variedad, implicaría la victoria teutona sería tal que, antes de que pueda llegar su posibilidad, reforzarán las filas de los actuales aliados todas las naciones del mundo que por su elevada

civilización y democráticas instituciones tienen plena conciencia de la profunda significación de esta gigantesca lucha.»

Pocas palabras más sagaces y certeras se podrán encontrar en los comentarios que los españoles han puesto al margen de la guerra. Y cuando se recuerda que fueron escritas a los once meses de iniciada en Berlín y Viena la trágica lucha que ha arruinado al mundo, adquieren más clara resonancia. En ellas se anunciaba ya la intervención de ese pueblo formidable que desde América ha venido presuroso a Europa para impedir que la libertad de los hombres, defendida con magnífico ardor por los estadistas norteamericanos, pereciese entre oleadas de odio y de sangre. En ellas se esboza también toda la complejidad de problemas que, poco a poco, iría creando la guerra, más difícil de acabar y resolver a medida que los acontecimientos iban aumentando, fatalmente, la maraña de pasiones, intereses, ambiciones, deseos, esperanzas y angustias con que toparon, desde el primer día de Conferencia, los estadistas que en Versalles hubieron de escribir las palabras sagradas acerca de la paz.

Hemos dicho antes que la guerra europea partió de causas materiales. Rusia y Austria-Hun-

gría se miraban con recelo porque ambos países, por razones diversas, se creían con derecho sobre las tierras balcánicas. Alemania veía con grave irritación los preparativos militares de Rusia, decidida a no sufrir nuevamente otra catástrofe como la de la Mandchuria. Inglaterra y el Imperio germánico iban a disputarse violentamente el dominio de los mares y del comercio mundial. En cuanto a Francia, habían fracasado todas las tentativas alemanas de aproximación y amistad fingida, porque hasta en el pecho del más levantisco de los antimilitaristas galos ardía el fuego secreto de la revancha. Alemania deseaba la posesión de puertos belgas y de puertos holandeses. El carácter materialista de las causas inmediatas que desencadenaron la guerra no podía ser más evidente.

Pero cuando la lucha ensanchó sus límites y los intereses de la contienda alcanzaron las riberas más lejanas y tocaron el corazón de todos los pueblos, vimos a las naciones libres elevarse rápidamente hacia una concepción más alta y más pura de sus deberes morales frente a la incalificable agresión alemana.

Poco a poco, los motivos ideales de la guerra se fueron sobreponiendo a las causas materiales que al principio nos habían preocupado. Y al llegar el día en que los estadistas se habían de reunir en Conferencia para escribir el Tratado de Paz, el mundo sólo recordaba los principios puros de justicia, de libertad, de derecho

que habían estado en litigio durante cuatro años. Nadie trajo a su memoria aquellas primeras causas materiales, aquellos pleitos de fronteras y de luchas comerciales que, a raíz del atentado de Sarajevo, entregaron el mundo a los horrores de cien batallas.

Y los estadistas que, al reunirse en Conferencia, eran paladines de los principios puros, hubieron también de recordar que estaban allí porque, ante todo, traían de sus pueblos respectivos la representación de los intereses materiales. Cuando quisieron iniciar la discusión de la paz, los encargados de dictarla se encontraron superados por la obra misma cuya realización les habían encomendado los pueblos vencedores.

Toda la historia de Europa, toda la historia de la civilización, toda la política, todas las profundas vinculaciones humanas, a través de tantos siglos de lucha por el dominio, pesaban sobre el Tratado de Paz. A la concepción pura del derecho y de la libertad se oponían situaciones geográficas, posesiones históricas, dominaciones antiguas, convenios seculares, convivencias de razas hermanas, intereses cruzados de varios pueblos, herencias y viejos títulos de propiedad adquiridos... ¡Dios sabe cómo!... y defendidos con sangre de muchas generaciones. ¿Quién se atrevería a afirmar que era posible acabar con todo ello repentinamente? ¿No hemos visto que aun los mismos bolcheviques, titulados defensores de la más audaz y ultramoderna libertad, se

han negado a reconocer ciertos derechos que varios pueblos rusos defendían?

«Esta contradicción fundamental—dice un escritor francés—entre el ideal preconcebido de un mundo que iba a nacer y las necesidades de formaciones históricas muy antiguas constituye el punto débil del Tratado. Pero ¿era posible obrar de otro modo?...»

No olvidemos que, además de la contradicción existente entre el «ideal preconcebido de un mundo que iba a nacer» y los «intereses de viejas formaciones históricas», cuyos representantes iban a dictar la paz, ésta venía al mundo entre cóleras atroces: recordemos que en el alma de los estadistas reunidos para discutir la paz latía, con toda la fuerza de las batallas todavía humeantes, el odio salvaje de la guerra: apenas había habido tiempo de retirar los cadáveres; los heridos clamaban todavía su dolor en los hospitales; justamente acababan de apagarse las llamaradas de los cañonazos. Todo esto pesaba sobre el alma de los conductores de pueblos. Teníamos derecho—es cierto—a exigirles que se situaran en un plano de serenidad superior al de los demás hombres; pero ¿cómo pretender que en ellos dejaran repentinamente de palpitar las ambiciones, los dolores y los entusiasmos de la victoria inmortal? A la luz de estas reflexiones, no es di-

fícil apreciar que la discusión de la paz se abrió en condiciones que no permitían soñar con una obra perfecta. Superados los hombres por el alcance de los acontecimientos que jamás pudieron prever; removidos por el odio que dejan en el alma las batallas; obligados, en fin, a proceder con rapidez, sin meditación suficiente, al galope, porque de sus discusiones dependía la evitación de la ruina del mundo, ¿quién es capaz de exigirles una obra limpia de pecado?

Aun podríamos admitir la crítica seca y despiadada del Tratado de Paz si en las conclusiones acordadas y firmadas por las potencias vencedoras quisiéramos ver una obra decisiva, de la que nunca pudiera apartarse el mundo en lo sucesivo. Pero recordemos las palabras de Clemenceau a propósito de las cláusulas votadas en Versalles: «La paz nace ahora. Tardará mucho tiempo en ser la verdadera paz.»

El Tratado, tal como ha salido de las manos de los estadistas europeos y americanos, es, ante todo, un punto de partida. Nadie podrá dudar de que en él se han logrado progresos evidentes en orden a la paz universal. Pero su valor principal reside en la posibilidad de reformas y de revisiones serenas. La Humanidad encontrará siempre en el espíritu, más que en la letra, de los artículos aprobados en Versalles, una fuente de nuevas

inspiraciones. Un comentarista del Tratado confía en el «espíritu de los pueblos occidentales». Cree que los pueblos occidentales, si trabajan ahora con el mismo fervor que pusieron en la guerra, podrán transformar la paz actual—demasiado cercana a la horrible guerra de cuatro años—en una paz definitiva, capaz de lograr en el mundo el florecimiento de la más alta civilización.

Proclama el Tratado de Versalles—y esta es, a nuestro juicio, una de sus principales virtudes—la existencia de una alta Moral universal, y, por lo tanto, la necesidad de una Justicia universal que impida a toda costa la resurrección del espíritu que alentó la cólera de todas las naciones. Tiende a formar en el culto a la Paz el alma de aquellos pueblos que desde hace muchos siglos venía inclinada a la devoción fanática de la guerra. Nos referimos principalmente a Alemania. La educación de Alemania en el amor a la tranquilidad internacional y en la necesidad de convivir reposadamente con todos los pueblos será una de las consecuencias más admirables del Tratado de Paz. Para ello, los pueblos que imponen al Imperio derrotado condiciones de servidumbre y humillación habrán de dar el ejemplo de una pura y justiciera moral internacional, ante la cual se rindan todos los apetitos imperialistas y todas las ambiciones de conquista, vivas todavía después de los últimos estruendos de las armas combatientes. Y ¡por qué no decirlo! : también

aprenderá Francia, en el Tratado de Paz, la moderación necesaria y una cierta abstinencia de revanchas y desenfrenos que llevan fatalmente en su seno la ruina militarista.

La guerra ha demostrado que los pueblos, uno por uno, no se bastan a sí mismos. Los espléndidos aislamientos y las hegemonías soberbias han acabado para siempre. En este sentido, también para Inglaterra hay graves lecciones en el Tratado. Aun las naciones más pequeñas, aquellas que siempre sirvieron de juguete y de instrumento a las grandes potencias conquistadoras, cuentan hoy, en el balance de cuentas universales, como factor importante. «La interdependencia de los pueblos—dice un comentarista—queda como verdad internacional suprema.» Y, por lo tanto, la necesidad de crear organismos que ofrezcan a esa interdependencia garantías de justicia, de rectitud, de buena fe y de seguridad, sin lo cual fracasaría el mundo a cada paso en los escollos de las rencillas diplomáticas y de las dificultades económicas. Hemos aludido a la Sociedad de las Naciones, organismo que, si no ha de lograr en lo sucesivo la evitación de todas las guerras (porque para ello necesitaría retorcer el cuello para siempre a las pasiones de los hombres), por lo menos vendrá a llenar de obstáculos, a veces insuperables, el camino que lleva a los pueblos hacia el combate. La Sociedad de las Naciones : he ahí el organismo que a cada momento recordará a todo el mundo la existencia de

una Justicia Universal y de una Moral Universal, en la que cada uno de los hombres tiene puesto su más delicado interés. Indudablemente, la eficacia de este organismo no será tan intensa como había soñado el presidente Wilson; pero comparemos su carácter y su misión con el carácter y la misión de las viejas alianzas «ofensivas y defensivas», y luego, diga cada cual, sinceramente, si no representa un gran paso hacia la paz decisiva de la Humanidad.

El horror que la guerra ha dejado tras sí es tan grande que en la conciencia de todos se vió clara la necesidad de acudir a la Asociación de Pueblos para impedir que los desastres pasados volvieran a arruinar al mundo. Ese estado de conciencia, borroso todavía durante las horas en que se votó y firmó el Tratado de Paz, quedó reflejado en las cláusulas de Versalles. ¿Podemos creer que era fácil escapar a las sugerencias imperialistas, rencorosas, de los vencedores, sedientos de venganza militar y económica? Preguntad a Wilson cuántos fueron los esfuerzos que hubo de llevar a cabo para salvar esa parte de su obra.

En resumen: la orientación del Tratado de Paz es digna de los más fervientes entusiasmos. Tienden los estadistas a dotar al mundo de una organización social que haga la vida más apacible, más codiciable, más digna de ser vivida. Tienden a una Humanidad mejor.

Ved que una de las consecuencias del Tratado de Paz es la unión de todos los pueblos para

dictar nuevos Estatutos del Trabajo. Aquella parte de la sociedad humana más humilde y más castigada por los rigores de la desdicha, toda la inmensa muchedumbre de trabajadores—quero- mos decir—ha merecido del Tratado de Paz atención cuidadosa. No se trata de demostrar que en el articulado de las condiciones dictadas desde Versalles para el restablecimiento de la paz hayan quedado resueltas todas las dificultades que se oponen a la máxima felicidad de esa muchedumbre. Pero dadas las condiciones en que el mundo vivía antes de la guerra, representa un paso gigantesco hacia la perfección el hecho de que los conductores de pueblos, mientras dirimían sus querellas imperialistas, quisieran dejar y dejasen recuerdo de su solicitud hacia los que siempre vivieron al margen de los destinos de la sociedad.

Reproduciremos las admirables palabras que el presidente Wilson ha escrito en su «Mensaje al Congreso americano»:

«El problema que a todos se sobrepone—dice el ilustre estadista americano—es, en medio del actual despertar del mundo, el problema del trabajo.»

Por «problema del trabajo» no quiero significar el problema de una buena producción industrial. Me refiero a una cuestión más importante y más vital: es la de saber cómo podrán los hombres y las mujeres que realizan a diario el

trabajo del mundo obtener un mejoramiento progresivo en las condiciones de su existencia, a fin de hacerlos más felices, y de que las comunidades y las industrias que viven y se desarrollan gracias a su esfuerzo les rindan un trato mejor. ¿Cómo se les reconocerán sus justos derechos en cuanto hombres y en cuanto ciudadanos?... Nosotros, los Estados Unidos, no podremos vivir con decoro y con honor como nación, ni coronar nuestra victoria como comunidad industrial, si el capital y el trabajo siguen siendo antagonistas en lugar de ser asociados, si ambos se esfuerzan en dominarse mutuamente... Esto sólo conduce al caos... La legislación actual del trabajo es, indudablemente, cuestión que ha venido siendo privativa de cada Estado... En adelante, los que realmente desean que se abran nuevas relaciones entre el capital y el trabajo pueden encontrar fácilmente nuevas soluciones; pues creo yo que la legislación federal ofrece notorias ventajas sobre la legislación de los Estados... (Pongamos «legislación internacional» donde Wilson, refiriéndose únicamente a los Estados Unidos, escribió «legislación federal».)

El objetivo esencial debe ser una sincera democratización de la industria, basada en un completo reconocimiento de los derechos de quienes trabajan, sea cual sea su categoría, a participar de un modo sistemático en todas las decisiones que se refieren a su bienestar y a la misión que en la industria desempeñan. Claro es que la legisla-

ción no puede andar más que una pequeña parte del camino, indicando sumariamente lo que es preciso realizar. La organización de la industria es una cuestión de iniciativa corporativa e individual y de convenios prácticos en el terreno de los negocios.»

Este lenguaje, desusado hasta ahora en labios de los estadistas y de los conductores de pueblos, informa el espíritu del Tratado de Paz. La legislación—dice Wilson—sólo puede andar una parte, muy pequeña, del camino. Si esto se puede asegurar de lo que se refiere a la organización del trabajo, lo mismo diremos de todos los demás problemas económicos, espirituales, geográficos, militares que el Tratado de Paz aborda. El Tratado sólo podía andar una pequeña parte del camino. Pero el espíritu de reforma, y de reforma trascendental, queda ahí. Ahora toca a los hombres, toca a la Sociedad entera ir añadiendo perfecciones a una obra que, por las circunstancias en que nació—odio, precipitación, superación de los cálculos, fatalidades históricas, necesidades económicas que nadie podía transformar de un golpe, urgencia en dictar la paz para evitar la ruina del mundo—, tiene que ser necesariamente imperfecta, llena de lagunas y de flancos abiertos a la libre crítica.

Bienvenida sea esa crítica, porque de ella han de nacer las nuevas orientaciones hacia la reforma y la perpetua revisión del Tratado. Pero,

vuelto el espíritu hacia el mundo que desencadenó la guerra, habremos de reconocer que en el Tratado de Paz, en estas cláusulas cuya recopilación ofrece *El Sol* a sus lectores, los conductores de pueblos han querido establecer una base para que la Humanidad se desenvuelva en la serenidad de un bienestar más alto, y para que los pueblos entren en el camino de nuevas armonías, aumentando el caudal de civilización que el desencadenamiento de cien batallas quiso desviar hacia la ruina en los años terribles de la Gran Guerra Universal.

MANUEL AZNAR

Madrid, 1 de octubre de 1919.